

y existencial, al modo de Sartre y de Unamuno, y del que se han representado dos piezas sobre el problema de la esperanza —*Cuando se espera*— y de la convivencia humana —*Entre nosotros*—. Varias más, todavía inéditas, completan esta faceta intelectual de Laín, sin que entre ellas falte el tema de España, iluminado por la figura de Juan Martín *El Empecinado*.

3. **Laín Entralgo, hombre social.** Como todo hombre, Pedro Laín Entralgo es un *zoon politikon*. En la sociedad, y a través de la sociedad, ha llevado a cabo el resto de sus actividades. Ha sido así, ocupando en esa sociedad puestos preeminentes en las Instituciones que representan el máximo exponente de la vida cultural y científica de España: la Real Academia Nacional de Medicina en 1946, la Real Academia Española de la Lengua en 1954, la Real Academia de la Historia en 1964. En ellas, y muy especialmente en las dos últimas, ha llevado a cabo una tarea silenciosa y eficaz, semanalmente expresada en las sesiones de los jueves y de los viernes, días que, respectivamente, dedican a sus actividades corporativas: papeletas, fichas, dictámenes, discursos de recepción, actos conmemorativos, etc. Censor de la Academia de la Lengua desde 1978, en el mes de diciembre de 1982 fue elegido Director de la docta Casa, sucediendo así al gran maestro y fraternal amigo suyo, Dámaso Alonso. Cuatro años después, fue nuevamente reelegido para el cargo.

Fundó en 1960 la Sociedad Española de Historia de la Medicina, acontecimiento que por vez primera permitía a los médicos españoles aficionados al pasado de su propia disciplina reunirse corporativamente para intercambiar su amistad y su saber. En su etapa fundacional, y luego de nuevo, ha presidido esta Sociedad, a cuya sombra se han celebrado hasta ahora seis Congresos, de los que los dos convocados en Madrid (1963 y 1977) lo fueron bajo su dirección. También ostentó la presidencia del inolvidable XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en 1956 en las ciudades de Madrid y Alcalá de Henares.

Su magisterio se ha desplegado en múltiples centros e instituciones: Colegios Mayores, Instituto de Estudios Políticos, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Fundaciones Pastor y Eugenio Rodríguez Pascual, Politeia, Arte y Cultura, Instituto de Ciencias del Hombre, Tiempo Nuevo, tantos más. Y no sólo en España entera —bien conoce Barcelona su amor a Cataluña y sus continuos intentos de aproximación intelectual—; también fuera de ella, en Universidades e Institutos de Europa y las dos Américas. Así es profesor honorario de la Universidad Nacional de Santiago de Chile, doctor *honoris causa* por las Universidades de San Marcos de Lima y Toulouse, Miembro correspondiente de la *Akademie der Wissenschaften* de Heidelberg, de la *Academia Leopoldina* de Halle, de la *Académie Internationale d'Histoire des Sciences*, de la *International Academy of Medicine*, de la *Hispanic Society of America*, de la *Royal Society* de Londres.

Dentro de este capítulo *suntuario*, por el que tan olímpico desdén muestra Laín, sin duda le enorgullecen —junto a la gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad o la de Alfonso X el Sabio— el premio Montaigne en 1976, ser miembro de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura desde los tiempos difíciles, o pertenecer, más recientemente, a la *Académie Européenne des Sciences, des Arts et des Lettres*. Recibió el Premio Nacional de Teatro correspondiente a la temporada 1970-1971 y es Premio Aznar de Periodismo 1980, por un artículo publicado en *La Vanguardia Española*.

Algo más cabe decir de este *zoon politikon* —utilizaré de nuevo la definición aristotélica—: su culto permanente y casi obsesivo a la amistad. Suele repetir Laín el texto de la *Ética a Nicómaco* en el que el Estagirita afirma que «la amistad es lo más necesario para vivir». En tanto que realidad coexistencial, el hombre tiene necesariamente que realizarse primariamente en amistad. Tal es la clave de su cultivo de ese grupo de amigos verdaderos —discípulos, «los de siempre»—, entre los que siente que su vida ha encontrado un camino hacia lo que para sí mismo quería. Su afán teorizante le ha llevado a expresar su pensamiento en un libro, *Sobre la amistad*. Cientos de artículos la expresan específica e individualmente. «¿Sobre cuántas personas escribí?... No lo sé. Sólo sé que, con acierto o sin él, nunca he escrito sin una razón de amor, y que en todo momento he querido que esa permanente voluntad de entender tuviese expresión clara y comunicable», confesaba en 1965. Otro libro, *Más de cien españoles*, es testimonio explícito de su cultivo de la amistad.

4. **Laín Entralgo, español.** En tanto que animal social y político, el hombre no puede vivir al margen de la realidad de su país. Muy hondamente la vivió Laín en los años trágicos de Pamplona y Burgos. Así la siguió «llorando» desde la postguerra. Así prosigue sintiéndola desde el mes de noviembre de 1975. Tres temas fundamentales expresan en su obra su consideración problemática de España: la posibilidad de apertura a la ciencia, la convivencia plural y pacífica y la eficacia. También Hispanoamérica constituye una parcela preciosa de su visión de la patria.

Mucho ha escrito Pedro Laín Entralgo sobre la ciencia española y la incapacidad de apertura del español a esa ciencia. Junto a los libros ya citados, consúltense *A qué llamamos España, Una y diversa España*, «Más sobre la ciencia en España» en *Once ensayos sobre la ciencia, Cajal por sus cuatro costados* —estudio previo al volumen que al sabio español dedicó el Ministerio de Educación y Ciencia en su serie «Expedientes administrativos de grandes españoles»— o su Introducción «Cajal en la historia de España» a mi libro *Santiago Ramón y Cajal* (1978, 1982); *Ciencia, técnica y medicina*, recientemente. Las páginas de la prensa diaria y de las revistas periódicas han recogido sus denuncias, sus propuestas, sus defensas de la actual ciencia española en lo que de salvable y decorosa tiene.

Unido al tema de la exigencia va el de la eficacia, pero no sólo ya de la eficacia del científico, sino también la del industrial, la del profesional en todos los órdenes de la vida, de tal modo que sea posible el cumplimiento de esa fórmula tan cara a Laín, que haga ser a los españoles *europensibus europensiores*.

Y por fin, el tema de la convivencia, el *leit motiv* de la vida de nuestro autor. «El español ha vivido patéticamente desde la guerra de la Independencia la incapacidad, no digo radical pero sí ocasional, de la vida en pluralidad, y por tanto en libertad con respecto a las opciones de los demás para entender y hacer su vida personal y colectiva.» He aquí la clave de *España como problema*; y desde este libro, sus intentos y sus fracasos como falangista, como Rector, como simple español, en la construcción de una España en la que «puedan y deban convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arinterro y la poesía de Antonio Machado...». ¿Será ello posible? Así lo cree Laín, y con bellas palabras, conclusión del texto que antecede,

escribirá en 1955 que «... me esforzaré por demostrar con el hecho de mi vida y la letra de mi obra la indudable fecundidad de tener tan varia y egregiamente poblada el alma». Para lograr esa convivencia, piensa, se precisa la práctica del autoanálisis, del examen de la conciencia personal en relación con la propia conducta —ahí está su *Descargo de conciencia*, 1976—, y la autoeducación y educación colectiva de cuantos en la sociedad ocupan una posición rectora.

Laín Entralgo, español. Certera o equivocadamente, la vida entera de Laín ha sido un servicio a España y la manifestación permanente de su amor a la patria, a través tantas veces de la crítica, de la denuncia y, lo hemos visto, de la autodenuncia. Pienso que en su adscripción juvenil a la doctrina de José Antonio nunca dejó de estar presente ese «dolor de España» que el fundador de Falange tan agudamente pregonaba. Reléanse las páginas de *España como problema*, de *Una y diversa España*, de *A qué llamamos España*, de *En este país*, por no citar los centenares de artículos que de modo diverso, pero siempre centrados en la presencia de España, se han ocupado de la convivencia, de la cultura, de la ciencia, de la eficacia como modos posibles de mejorar y moralizar esta vieja tierra que nos tocó por patria.

Dentro de su españolismo, no podía faltar en Laín el tema de Hispanoamérica. «Sin haber visitado Hispanoamérica, ningún español puede saber plenamente en qué consiste el hecho histórico de serlo.» Muchos años después, cuando personalmente he tenido yo la fortuna de conocer aquellas tierras hermanas tan doloridas, he repetido que si la plenitud del hombre se cifra, como nos dice el tópico, en tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro, para el español la consigna posee una cuarta condición: visitar la América española. La visitó Laín en 1948 —de inmediato su libro *Viaje a Suramérica*—. Volvió a visitarla varias veces después, ampliando su presencia a México, e incluso los Estados Unidos de Norteamérica. Las relaciones personales con los hombres de nuestro habla, han mantenido desde entonces un hondo puente espiritual a través del Atlántico. También aquí la necesidad de la convivencia. «¿Será posible —se preguntaba Laín en 1955, recién regresado de un largo periplo por las tierras de América— una tercera salida de don Quijote, un don Quijote eficaz, que sea a la vez de la Mancha y del Panadés, de las Tierras Calientes y de los Llanos, de la Pampa y de la inmensa sierra andina?»

5. Por último, **Laín Entralgo hombre de fe**. Desde su crisis religiosa de los años del Colegio del Beato Juan de Ribera en Burjasot —dos nombres en su recuerdo: los de don Antonio Rodilla y de fray Antonio Torró— ha profesado Laín un cristianismo sincero, no exento de problemas, como su ya citada condición intelectual teórica hacía inevitable. Como antropólogo, ahí está su librito *Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad*. Y trabajos y ensayos múltiples —«Hacia una teoría del intelectual católico», «El cristiano en el mundo», «*Consecratio mundi*», tantos más—. Pero no sólo como intelectual. En tanto que persona creyente, su asidua asistencia a las famosas «Conversaciones de Gredos» organizadas por don Alfonso Querejazu y que la propia realidad de España malogró en torno a los últimos años de la década de los 50; y su disponibilidad permanente de colaboración en otras empresas promovidas por Miguel Benzo o por el propio Cardenal Enrique y Tarancón. Un cristianismo problemático y responsable que ante las postrimerías, y muy especialmente la de la muerte,